



Los de siempre, los de toda la vida

Carmen Barrera

El gusto por visitar los mercados me viene de familia. Si quiero respetar la memoria más lejana sobre el asunto, tengo que remontarme a los tiempos de mi bisabuela. Comprar todo lo que necesitaba en *la plaza*, como le siguen llamando muchos canarios al mercado por su primera denominación, *Plaza de abastos*, era una costumbre en su casa. El aprovisionamiento de su numerosa familia se hacía regularmente allí. Vivían por entonces cerca del Mercado del Puerto, en la isla de Gran Canaria. Allá por 1891.

Ese mercado ocupa el espacio de un edificio modernista, hoy emblemático en la arquitectura en hierro de la isla. En él se podía y se puede, hoy más que nunca, comprar *casi de todo*.

La actividad portuaria favoreció siempre la dotación de sus puestos. Sus productos frescos, recién llegados del mar y del campo, dieron de comer a mis mayores. Nunca abandonaron la costumbre de abastecerse en su área. Por eso, a mi regreso a la isla, después de que las circunstancias de la vida me llevaran a residir en otros lugares, y a comprar en otros mercados, inicié una *campana familiar* con el fin de recuperar el día de

mercado en las nuevas generaciones. La proliferación en la ciudad de otras formas de compra, más próximas a sus domicilios, les facilitó el olvido del mercado. Se me ocurrió animar a todos a retomar esa buena costumbre de abastecimiento replanteando sus problemas. De horario, sobre todo, por motivo de sus respectivas ocupaciones laborales. Haciendo acopio de buena voluntad, decidimos que podíamos paliar alguna de las dificultades que complicaban su visita colaborando todos. Algunos teníamos tiempo suficiente y compraríamos para los otros. Con ello seguiríamos la tradición de aprovisionarnos en sus puestos, tal como lo hicieron los que nos precedieron. Además, nos ayudarían a economizar sus buenos precios.

En una primera visita al Mercado Central, uno de los tres mercados de la capital, el más *a mano* para mí, el agradable olor a frutas y flores me hizo evocar enseguida algunos maravillosos momentos de mi niñez pasados en su espacio. Los mercados tienen una esencia especial. Cada uno desprende un aroma propio. En el Central, esas emanaciones provienen de los puestos más cercanos a la puerta. Tengo que reconocer que con sus fragancias me invadieron, además de infinidad de buenos recuerdos, el sabor de los mangos del sur de la isla, las papayas, los higos, las guayabas, las naranjas. En especial las de la Higuera Canaria. Esos frutos que en el mercado aparecen a la venta en su momento justo, *casi del árbol*.

Ya en el interior, algunos efluvios novedosos llamaron mi atención. Productos que han llegado a los expositores para proveer a personas que han venido de otros países y que también consumen en el mercado. Lustrosas hojas de platanera para las hallacas venezolanas, yuca o malanga, naranjas chinas, parchitas, además de olorosas especias de exóticas procedencias.

Luego, los puestos de flores y macetas, cultivadas en la isla casi todas. Y más, ahora, con algunas otras *de fuera*. Olores viejos y olores nuevos mezclados para mi regocijo.

Cuando era muy niña todavía, me gustaba que me llevaran al mercado para ayudar con las bolsas de las mercancías. *Al mercado se va temprano*, escuchaba en boca de mis antecesoras. Y recuerdo en ese tiempo salir *de amanecida* tras mi insistencia en acompañar, a quien le tocara acudir, a esa visita. Era un curioso *regalo* que pedía durante las vacaciones escolares.

Mi juventud transcurrió fuera de la isla también, así que mis regresos esporádicos sólo incluían ir a tomar *café con leche* y *churros* en el mercado de Vegueta, mercado que data de 1856, primera plaza de abastos de la ciudad. Por cierto, aquí en Las Palmas no abundan los churros delgados, *madri-leños*, como se les conoce, sino unos churros *gorditos* y *porosos*, parecidos a las porras que, introducidos en un popular vaso largo o en una taza, absorben enseguida el líquido en el que se sumergen. Esa merienda se transformó en un ritual. Ya nos llevaba hasta allí mi abuelo hace muchísimos años. Y esa visita era una gran diversión, dado que habitábamos entonces al otro extremo de la ciudad. La pequeña aventura empezaba cogiendo *la guagua* que nos llevaría desde el Puerto hasta Vegueta. Iba mi abuelo solo con una ringleira de nietos.

Igual que el Mercado del Puerto conoció a mi bisabuela, el Central conoció a mi abuela y a mis tías abuelas, a mi madre y a sus hermanas, que lo visitaron regularmente con una fidelidad que todavía me causa emoción recordar. Hablaban de los proveedores *de la familia* como si fueran parte de una sola. *De toda la vida*, les escuchaba.

Haciendo aquella primera ronda, decía, me sentí muy satisfecha al creer recordar quiénes eran los proveedores *de siempre* de toda la hilada de miembros compradores de mi saga. Como entré en esa primera visita a la Plaza con una sonrisa *bobalicona*, de sensiblería, de nostalgia, supongo, hacia los buenos tiempos que me sugería el paseo, la respuesta de los vendedores fue casi paternal. Me sentí tan *en casa* que fui saludando a todos, según avanzaba. Aquí y allá. A saber qué opinaron de

mí esas buenas gentes. La verdad, me sentía feliz.

Este fin de año, durante la reunión familiar, estando todos congregados para cenar y *partir el año*, salió a colación más de una vez la calidad del menú. La *pata de cochino*, preparada al estilo tradicional canario, asada en el horno, entera, a fuego medio, con un tiempo de horneado de una hora por kilo, ¡y tenía seis la pieza!, nos la había vendido *Manolo el de la carne*.

De *primera*, acertaron a decir todos. La *pata*, en mis emociones, tenía una importancia doble. Era del puesto de Manolo, *el de toda la vida*, y, además, como no podía ser de otra manera, dado que Manolo era más que un conocido entre nosotros, la carne estaba muy, muy buena. Era *especial*. Algo sentía que revivía para mi contento con *los de siempre*. Cómo no, también los aguacates de Mogán que le encargó mi hermano a *Juanita la de la fruta* para la ya *típica* ensaladilla *rusa* festiva estaban *en su punto*.

Doy por hecho que ningún ruso conoce la composición de nuestras ensaladillas *rusas*. De tanto prepararla a nuestra manera, estoy segura de que ya tiene *un toque familiar* que la diferencia de otras elaboraciones del mismo nombre. Aunque hubo un tiempo en que ese plato participó de algo auténtico. Como al puerto de Las Palmas llegó hace años la flota pesquera rusa, no niego que la ensaladilla de la casa vio su momento *ruso*. Entonces se vivió cierto entusiasmo por algunos productos como las latas de cangrejo. Con ellas, *rusas de verdad*, la ensaladilla ganó en origen. Se mezclaban con las verduras un par de latas de ese manjar *de allá lejos*. Y se adornaba con unos cuantos langostinos. Dos por cabeza. Algunas crisis hicieron desaparecer la preciada carne de cangrejo enlatado, que regresó con el tiempo. Aunque ya a precios poco accesibles. Así que nuestra ensaladilla, que llamaré sólo *festiva* ahora, es generosa en productos autóctonos. Rica en verduras variadas y en aguacates del sur de la isla, de chicha suave y olor almendrado. Los lan-

gostinos ya no forman parte del plato. Ahora, los del Atlántico Sur, ya van *en bandeja aparte*.

Las papas *para arrugar*, de Juanita, claro, acompañadas de mojo, según receta de una de mis tías abuelas, fallecida ya, los langostinos del puesto de pescados *de Raúl el de Arguineguín*..., y así una lista de productos de calidad, sencillos, pero bien elegidos por *los de siempre*.

Cuando llegó el momento de las uvas, ni que decir. Las compré yo, también en Juanita, las mejores moscateles de toda *la Plaza*.

Durante la cena, mis dos tías *supervivientes*, con sus ochenta y ocho años una, y noventa la otra, escucharon atentas nuestra conversación. En un principio, sin hacer comentario alguno. Oyeron tranquilas nuestras alabanzas a las compras realizadas con tanto acierto. Y muy especialmente a *nuestros* suministradores. Atestiguaba su atención un movimiento de asentimiento leve con sus cabezas, de hermosos cabellos blancos.

Mi niña, habrá que mandar a comprar en esos puestos a Carmela, para que nos traiga tantas cosas buenas. Dijo una de las tías con algo de sorna, cansada, digo yo, de escuchar tantas bondades sobre el condumio. Cuando intervino, ya había consumido el generoso contenido de su plato. Porque su apetito es mejor que el de una joven. Sin miedo por la línea perdida hace demasiado tiempo. Y con una salud sin problemas mayores. Goza de ella casi plenamente. Haciendo excepciones, naturalmente. Pocas. Sólo alguna.

Vamos a tener que hablarle claro a Antoñito-el-de-la-carne. Lo nombra así, de corrido. *La última que nos mandó estaba un poco dura*. Añadió. Yo pensé en sus dientes. Puede que no esté su dentadura para el bistec que se empeña en comer. Ella es así. Bastante empecinada.

Y vamos a dejar plantado a Agustín-el-de-la-fruta. *Si llevo a ser yo la que voy a la plaza ayer, le devuelvo los plátanos que le vendió a Carmela*. Para mí que no eran canarios. Tía Lala, Eulalia en el carné de identidad, tiene años, sí, y está algo regular de las piernas, pero sigue muy lúcida a pesar de su ancianidad. ¿Cómo

no iban a ser los plátanos de Canarias? ¡Tienes unas cosas, Lala!... ¿Qué va a pensar esta familia? ¿Que a nosotras nos engañan los de toda la vida? Tía Pinocha, por María del Pino, más sorda que Lala, la reprendió en un tono de voz bastante alto, con contundencia y genio. Ella no quería pasar la vergüenza de los rezongos de su hermana delante de todos sus parientes. *Mira que decir que no eran de aquí... A Carmela no la engañan, Lala. No digas boberías. Y menos le van a dar gato por liebre los de siempre.*

Carmela es la cuidadora y mano derecha de las dos. La que va a la compra por ellas desde hace un año.

Tía Lala, ¡si vamos todos a comprar en los mismos puestos! No tienes que cambiar nada. Eso lo dije yo. Aunque no me sonaron los nombres de los vendedores que acababa de citar, *pero son los mismos puestos que visitaba la abuela. Ya me ocupé yo de que así fuera.* Me salieron las palabras como una retahíla de satisfacción ególatra por el éxito de mi empeño en volver a comprar en el mercado, y en *los de siempre.*

¡El tiempo pasa, tía Pinocha! El de la carne es Manolo y la de la fruta, Juanita. Estaba segura de que su senilidad había trocado los nombres. Como ahora iba Carmela a la compra... Por cierto, esa noche ausente porque la pasaba con sus familiares en el pueblo. Nadie podía corroborar mi teoría del intercambio de nombres por parte de mi anciana tía, ni mi acierto. Pensaba que el error era suyo. *¡Qué personas más buenas las del mercado!* Y creí cerrar con esa expresión, que me surgió de muy adentro, la conversación.

¿Juanita? ¿Quién es Juanita? Tía Lala miró a tía Pinocha y otra vez le habló. En un tono demasiado alto, casi chillando, muy cerca de su oído. Evidentemente la sordera empezaba a hacer estragos. La pregunta me hizo sonreír. No iban a zanjar el tema así como así. Su insistencia me hizo reafirmarme en mi razón, porque evoqué en ese momento el gusto con que aceptaba Juanita mi preocupación por sus hijos. Preocupación que siempre tuvo por todos ellos una de mis tías, fallecida

hace unos años. Por suerte, cada vez que le preguntaba se encontraban bien.

A ver esa memoria, dije tomándole a tía Lala su octogenaria mano entre las mías. *Juanita es la que lleva el puesto de la fruta. La que nos trajo los excelentes aguacates que has probado. Son de su finca de Mogán.*

¡Ahí!... Juanita... Y se quedó unos instantes mirando al infinito. *¿Y el de la carne?... ¿Cómo lo llamaste?... Manolo, tía.*

Eso, Manolo... Se quedó pensativa, pero esta vez su mirada se fijó en el piso. *Manolo...* repitió para sí misma. Luego me miró con sus claros ojos azules y me dijo: *Manolo se murió hace tiempo. La carnicería la lleva su hijo Andrés desde hace años.* Me habló con bastante regaño. *Carmela le compra a Andrés. En ese puesto del fondo. Según llegas, de frente. Ahí está la familia de toda la vida.*

Muy a propósito se hizo un repentino silencio. La conversación entre mi tía y yo se estaba poniendo interesante. *No te quiero contradecir, mi niña, pero: creo que el del puesto de la carne se llama Andrés.*

Como hablaba haciendo pequeñas pausas, el corazón me empezó a dar saltitos de impaciencia. Se estaba tejiendo una red de recuerdos que se alejaban de mi realidad. Y *el de la fruta es Agustín.* Otro paréntesis que me resultó angustioso. *Por cierto, era muy guapo, pero se quedó soltero. Cosas de la madre. Se empeñó y se empeñó hasta que le espantó a la novia. La hija de Santana, el de los sacos.* Y miró a su hermana: *¿Verdad que fue así, Pinocha?* Un suspiro melancólico adornó su pregunta. Pinocha se encogió de hombros. De esa historia no se acordaba.

Creo que ahora está Rafael, su hermano. Rafael, el de la fruta. Un nuevo paréntesis logró que empezara a desconcertarme. Alguna de las dos estaba equivocada. Y bastante. *¿Estas flores de Pascua se las compraste a Isabelita? Las ha traído siempre de su finca de Tafira, esa de muro blanco que está a la orilla de la carretera.* Y miró a su hermana. *¿Verdad Pinocha? Tiene el puesto según se entra, el segundo pasillo a la derecha.*

Su seguridad me inquietó muchísimo. De pronto, no encajaba ni uno sólo de los nombres con

los de mis vendedores *de toda la vida*. A esos que yo quise que frecuentáramos con fidelidad para seguir *una tradición* de compra. En ese momento me pregunté cómo no se me había ocurrido antes tener esta conversación con *las tías viejas* sobre aquellos menesteres, en lugar de fiarme de mi memoria. Claro, en un principio imaginé que no les quedaba tanta retentiva ni que mantenían tan buena disposición. ¡A sus años!

A dónde nos llevó hablar de las bondades de la cena es obvio. Cuando pasadas las fiestas visité el puesto de *Juanita, la de la fruta*, le hablé de mis tías, especialmente, las que compraban allí, antes, cuando aún se movían con soltura. Del tiempo de mi madre ya les había hablado en otra ocasión. Le nombré a la buena de Carmela que las servía ahora y, de paso, de su compañía y dedicación cargada de paciencia.

Como siempre, Juanita y su marido me sonrieron con un gesto amable y cordial. Como no agregaron ningún comentario al mío, seguí hablando yo. *Claro, mis tías cuentan lo que creen recordar. Creen reconocer cosas que han pasado hace tanto tiempo, ¿verdad?, y, lo mismo, están equivocadas.*

Durante unos momentos continuó Juanita su tarea de servir mi pedido escuchándome en silencio. Mantenía el gesto amable de siempre. Me habló, al fin, cuando lo tuvo todo listo. Sin perder su línea de persona afable. *¿Le puedo ser sincera?, me habló con una voz dulce.*

La hemos conocido tan entusiasmada con sus recuerdos..., tan segura. La verdad, no conocimos a esas personas de las que usted nos habla tanto. Pero, como ve, tenemos buenos productos y hacemos lo posible para que esté satisfecha con su compra.

En suma. Me había pasado de lista. Y me quedaba todavía una última pregunta aclaratoria.

Esos hijos que mi tía siempre nombraba, es evidente que no son los suyos.

Juanita y su marido se miraron.

No tenemos hijos.

No lloré porque no estaba en el lugar adecuado. Aunque no porque el corazón no se me encogie-

ra de ver la amabilidad con que querían traerme a la realidad. Mi tía Lala tenía razón. Les di las gracias emocionada por el buen trato que recibíamos. Aunque no sin un punto de amargura. Me había apresurado a satisfacer mi nostalgia familiar creyendo que mis tías abuelas no eran *de fiar*. Ahora me quedaba preguntar en el puesto de *Manolo el de la carne*.

Manolo, el que yo recordaba nombraban en mi casa, había muerto, me dijeron, hacía bastante tiempo. Y que *el de ahora* era su hijo Andrés. Tal como me dijo tía Lala. Mi vendedor, un hombre de edad avanzada, me señaló con benevolencia el puesto de al lado. *Ese era el puesto de Manolo, por el que usted me acaba de preguntar.*

Me había equivocado de lleno otra vez. *Yo también me llamo Manolo. Por eso usted pensó que era yo. ¡Pero no tengo tantos años, mujer!* Me habló exhibiendo una amplia sonrisa en su rostro. *Nuestras familias eran amigas. Manolo fue mi padrino cuando me bautizaron. Era mucho mayor que yo.*

Mi entusiasmo menguó de repente. No había querido alterar mi lealtad *histórica* y me di cuenta de lo errada que estaba al creer que recordaba, mucho mejor que los que quedaban vivos de la generación anterior, de cómo eran las cosas en su momento. Porque yo me sabía los nombres *y todo*. Y para acabar la ronda aclaratoria, visité también el puesto de las flores y el del pescado. Cómo no. Confirmé con cierta tranquilidad que el puesto del pescado era *el auténtico*. Con el de las flores, tía Lala no estuvo acertada. Aunque parezca ridículo, me alivió que la florista nunca viviera en Tafira.

No obstante, me he acostumbrado enseguida a un Mercado Central con muchos cambios. Tiene buen aparcamiento subterráneo. Ya no tiene el estanque con las tortugas gigantes en la charquita de la puerta. Las dos acacias de delante de la escalera de la entrada principal han crecido mucho. A su lado, también *creció* un gran reloj digital con propaganda y temperatura. Por cierto, este año, el 31 diciembre marcaba 29° al sol. Pero

apoyados en los escalones de la entrada continúan los vendedores ocasionales ofreciendo pájaros canarios que alegran el aire con su canto. El vendedor de *cupones* de los ciegos y el lotero ahí están, sentados a un lado del portón, como siempre. Y algún que otro desfavorecido por la vida que espera una ayudita a la entrada o la salida. Eso no ha cambiado.

La conclusión es que en los tiempos que corren somos otra generación de consumidores del mercado. Como lo fueron nuestros predecesores. Y con enorme satisfacción pienso que encontré, en mi afán por continuar con esa sana costumbre, unos nuevos vendedores que, al menos para nosotros, ya son *los de toda la vida*. ¿Por qué no? A los que, tal vez, me acompañarán a comprar, cuando lleguen al mundo y sea el momento, mis nietos.

No se va ya de amanecida, el abastecimiento es continuo y sigue teniendo su encanto. Además, actualmente no es sólo un sitio de compra, sino también de visita. Muchos turistas extranjeros y *peninsulares*, atraídos por el exotismo de sus pro-

ductos tropicales, se pasean y fotografían en sus puestos. Y hay otro tipo de visitante nuevo. Los que trabajan en oficinas o despachos cercanos que *matan dos pájaros de un tiro*. Una compra rápida y un café con tentempié. Más de un comprador de media mañana no pierde de vista el reloj. Buen lugar de cita para comprar o, simplemente, *para mirar*, o un minuto de charla delante de un *cafetito* reparador.

A mi regreso, en el mercado no encontré a simples minoristas. Me tropecé, como en otros tiempos mi familia, con gente buena. *Los de siempre, los de toda la vida*.

Te espero en el puesto de Juanita. Sigo diciéndole a mi hermana el día que toca Plaza. *Luego nos vamos a tomar un café-con-leche, y hablamos un rato*.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado Central de Las Palmas de Gran Canaria**.